

LA REVOLUCIÓN

Directores: { MANUEL MORA VALVERDE
RICARDO COTO CONDE

SEMENARIO DEMÓCRATA

APARTADO No. 1386
Número suelto 10 cts

Año I

San José, Costa Rica, Sábado 19 de Abril de 1930

No. 6

La visión del Cristo

Queremos aprovechar esta ocasión en que los pueblos civilizados del mundo dedican homenajes más o menos solemnes a Jesús, el gran galileo, para presentar a nuestros lectores, libres de todo misticismo, uno sólo de los aspectos de ese luminoso varón. Y es que hemos llegado a pensar, que en un periódico que sustenta las ideas del nuestro; que —donde la norma es combatir las injusticias y velar por los intereses de las clases oprimidas— no debe dejar de rendírsele homenaje, apartando todo prejuicio, a aquél que fue paladín más grande de aquellas ideas. Dejemos al Cristo de las viejas regiones, envuelto en oropeles que no sirven sino para ocultar el brillo de su rostro, y veamos al Cristo verdadero, al que aún sin necesidad de ser Dios, puede declararse el bienhechor más grande de la humanidad.

Hace algunos siglos, la humanidad llegó a vivir una época de tinieblas donde las lágrimas, la sangre y la orgía, casi puede decirse que constituían las bases de las sociedades.

Esa fue la época en que vino Cristo al mundo, y ese fue el escenario en que se delineó como el revolucionario más grande de todos los tiempos.

Poseído de una fe colosal y de una resolución sublime, en esa época de paganismo y de barbarie, se levantó sobre todos sus contemporáneos y habló a los pueblos de un Padre Celestial justo y bueno, lleno de amor para todos sus hijos; de un Dios que no hace distinción entre los poderosos y los humildes, entre los reyes y los esclavos; de un Padre que tiene listo para todos un Paraíso espléndido y maravilloso, de una espiritualidad inmensa al revés del mahometano, para entrar al cual sólo se necesita ser bueno, ser puro, ser santo, llevar dentro del pecho una hoguera inextinguible de amor.

Todos sois iguales ante Dios; todos sois hermanos; no son los grandes los que pueden entrar al Cielo, sino los justos aunque sean esclavos.

Aparte de la gran visión que revelan esas palabras no comprendidas quizá hasta hoy, ¿os imagináis el efecto que hicieron al ser pronunciadas en una época en que había una clase de hombres que eran menos que animales? en una época en que *los grandes* creían que habían recibido del cielo derecho para gobernar sobre los débiles, para explotarlos y hasta para disponer de sus vidas a su antojo; en una época en que se creía que los dioses eran los autores de tan espantosas desigualdades.

Ved un aspecto del panorama:

En los ratos de ocio, los señores solían ensayar su puntería en los pechos de sus esclavos. Y para eso, colocaban a cierta distancia, dos, tres, diez infelices de aquellos, y disparaban sin pensar en que eran hombres como ellos. Y así, en medio de sus carcajadas rodaban por el suelo, ensangrentados, los desgraciados, mientras allá, una madre débil e impotente, con los ojos inundados en lágrimas elevaba al cielo una oración de súplica y de protesta.

Y en los días de fiesta, los grandes coliseos se llenaban de espectadores que delirantes de entusiasmo, veían retorcerse sobre la arena los cuerpos de los esclavos mutilados por los dientes de las fieras, y los oían gemir sin que para ellos hubiera conmiseración; por que estaban convencidos de que los esclavos no valían nada, no comprendían que un esclavo y un hombre libre, eran dos hombre que tenían igualmente derecho a vivir. ¡Oh! todas aquellas monstruosidades eran lógicas para aquellos hombres feroces; eran naturales; no se discutían... Pero no hubo un hombre que sí las discu-

Pasa a la página dos

El Subversor

Abril se enluta con mañanas oscuras y frías; los cielos se hacen tristes bajo el manto de nubes dormidas, como si recordaran con dolor profundo la tragedia milenaria del Gólgota. Todo parece llorar en estos días en los cuales se rememora la muerte del Gran Subversor. Un hálito de duelo pasa por los campos florecidos y las ciudades que dormitan en la bruma; de los montes lejanos parece descender uno como quejido tristísimo de muerte: el que dio Aquel cuya vida fue una sola lucha por el bien del pueblo y al cual el pueblo dio por pago una cruz.

En estos días de rememoración se viven en la imaginación escenas sepultadas en el fondo de los siglos. Nos parece ver la silueta ascética y bella del Cristo, todo amor y bondad, pasearse disertando en medio de una multitud de desheredados a orillas del tranquilo Tiberiades. Pastoreando aquel rebaño de harapientos que le oían embelesados en la dulce calma de la tarde muriente. En aquellas vidas que la miseria hacía sombrías y fúnebres, su palabra era cual faro salvador en una noche de tempestades y angustias infinitas.

Cuando aquella multitud, formando olas tumultuosas a su alrededor le manifestaba sus dudas, él subido en una roca tranquilizaba y cautivaba con la melodía y sapiencia insuperables de su palabra; de aquella su elocuencia prodigiosa con la cual consolaba los dolores de los hijos de la miseria que lo seguían, o bien fustigaba con frases de fuego la avaricia inquebrantable de los poderosos. Y sus palabras de consuelo en aquellas tardes tranquilas y perturbadas a orillas del quieto Tiberiades, eran un bálsamo para aquellos corazones llagados por el abandono; para aquellas vidas oprimidas las cuales trazó un nuevo derrotero.

Su doctrina era para los que sufrían, para los infelices; y como éstos constituyen el pueblo, su doctrina era para el pue-

Pasa a la página cuatro